

tado de este reino, se tome el parecer de todos los interesados.»

VIII

Si han adquirido libertades, es porque han sabido conquistarlas; las circunstancias han ayudado, pero el carácter ha hecho más. La protección de los grandes barones y la alianza de los simples caballeros los han fortalecido; pero si han logrado mantenerse firmes, es por su rudeza y su energía nativa. Porque ved el contraste que ofrecen con sus vecinos en ese momento. ¿Qué es lo que divierte al pueblo en Francia? Los *fabliaux*, las jugarretas del zorro, el arte de burlar al señor Isengrin, de soplarle la mujer, de pegarse á su mesa, de apalearle sin peligro, valiéndose de ajena mano; en resumen: el triunfo de la pobreza unida al ingenio sobre el poderío unido á la estolidez; el héroe popular es ya el plebeyo astuto, zumbón y alegre, que se perfeccionará más tarde en Panurgo y Figaro, poco dispuesto á resistir de frente, demasiado fino para gustar de victorias rudas y hacer alardes de lidiador, inclinado, por viveza de espíritu, á sortear los obstáculos, y bastante diestro para hacer caer á cualquiera en la trampa sin más que tocarle con la punta de un dedo. Aquí tiene otras costumbres: es Robin Hood un valiente *outlaw*, que vive libre y audazmente en la verde selva, y hace la guerra á cara descubierta al *sheriff* y á la ley (1). Si hubo hombre popular en un país, es ese

(1) A Thierry, vi, 56, *Robin Hood*, ed. Ritson.

á quien, según un antiguo historiador, tanto se complace en celebrar el pueblo bajo en juegos y comedias, y cuya historia, cantada por ministriles, le interesa más que ninguna. En el siglo XVI tenía aún su día de fiesta, celebrado por toda la gente de los pueblos y de los campos. El obispo Latimer, haciendo su visita pastoral, anunció una vez que predicaría. Al día siguiente, al ir á la iglesia, encontró las puertas cerradas, y esperó más de una hora antes de que llevaran la llave. Al fin vino un hombre y le dijo: «Señor, hoy es un día muy atareado para nosotros, y no podemos oiros: es el día de Robin Hood; toda la gente de la parroquia anda cortando ramaje para Robin Hood; no es cosa de esperarla.» El obispo tuvo que quitarse las vestiduras eclesiásticas, y seguir su camino, dejando el puesto á los arqueros vestidos de verde que representaban en un teatro de ramajes los papeles de Robin Hood, de Juanillo y su partida. Es, en efecto, el héroe nacional: ante todo, sajón, y armado en guerra contra la gente de ley, «contra los obispos y arzobispos», cuyas jurisdicciones son tan pesadas; amén de esto, generoso, hombre que da al caballero arruinado, vestido, caballo y dinero para redimir sus tierras empeñadas á un abad rapaz; tan compasivo y bueno para con el pobre, que recomienda á los suyos no hacer daño á los *yeomen* ni á los labriegos; pero, por encima de todo, arrojado, atrevido, arrogante, un valiente que dispara su arco á la vista y en las barbas del *sheriff*, y dispuesto siempre á las puñadas, lo mismo á recibirlas que á devolverlas. Mata á catorce guardas de quince que querían prenderle; mata al *sheriff*, al juez y al guardián de la ciudad; matará á otros muchos, y todo eso con desparpajo y alegremente, como mozo que come bien, que tiene duro el pellejo, que vive al aire libre, y á quien

le rebosa la vida animal. «Cuando resplandece el monte, cuando está hermosa la hierba, cuando hay anchas y largas hojas, él, paseándose por el bello bosque, se regocija oyendo cantar á los pajarillos.» Así empiezan una porción de baladas; y ese hermoso tiempo, que estimula á los ciervos y á los toros á embestir, los estimula á ellos á acuchillarse ó apalearse. Robin sueña que dos *yeomen* le aporreaban; quiere ir en su busca, y rechaza colérico á Juanillo, que se ofrece á marchar delante. «¿Cuántas veces he mandado yo mi gente delante, y me he quedado atrás? Juan, si no fuese por miedo de romper el arco, te partía la cabeza.» Va, pues, solo, y encuentra al robusto *yeoman*, Guy de Gisborne. «Para todo el que no fuese aliado ni pariente de ellos, hubiese sido un hermosísimo espectáculo ver cómo se adelantaron uno contra otro los dos *yeomen*, con sus brillantes espadas, ver cómo se pelearon los dos *yeomen* durante dos horas de un día de estío. Y en todo ese tiempo ni Robin Hood ni Guy pensaron en huir.» Como se ve, Guy el *yeoman* es tan valiente como Robin Hood: ha ido á buscarle al bosque, y maneja el arco casi tan bien como él. Es que esa vieja poesía popular no es el elogio de un bandido aislado, sino de toda una clase, de la *yeomanry*. «¡Dios tenga misericordia del alma de Robin Hood, y salve á todos los buenos *yeomen*!» Así terminan muchas baladas. El *yeoman* valiente, duro á los golpes, buen tirador, ducho en el manejo de la espada y del palo, es el favorito. Se ve ahí una temible burguesía armada y acostumbrada á servirse de sus armas. Miradlos en acción: «Sería una vergüenza atacarte (dice el jovial Robin al guarda): somos tres y estás solo.» El otro no tiene miedo: «retrocede de un salto treinta pies—mejor, treinta y un pies;—apoya la espalda en una espesura, y el pie en una piedra, y com-

bate así todo un día, todo un largo día de estío hasta que se les rompen las espadas entre las manos sobre los anchos escudos». Sucede aún con frecuencia que Robin no lleva la ventaja. Arturo, el intrépido curtidor, «con su estaca de ocho pies y medio, que hubiera derribado á un becerro», pelea con Robin durante dos horas; corre la sangre: se han partido la cabeza. Robin, satisfecho, le dice que en adelante puede pasar por el bosque sin pagar. «¡Gran favor! (responde el otro): me he ganado el paso, y tengo que agradeceréelo á mi estaca, no á ti.» ¿Quién eres, pues? pregunta Robin. «Soy un curtidor (replicó el valiente Arturo); he trabajado mucho tiempo en Nottingham, y, si quieres venir allí, juro curtir tu piel de balde.» «Gracias, amigo (dice el alegre Robin), puesto que eres tan bueno y tan campechano; y, si quieres curtir mi piel de balde, yo haré otro tanto con la tuya.» Con estas graciosas ofertas, se abrazan; un cambio espontáneo de leales cachetes los prepara siempre para la amistad. De esa suerte probó Robin á Juanillo, á quien quiso después toda la vida. Juanillo tenía siete pies de estatura, y, hallándose en un puente, se negaba á ceder el puesto. El honrado Robin no quiso utilizar contra él su arco; se fué á cortar una vara de siete pies, y convinieron amistosamente combatir sobre el puente hasta que uno de los dos cayese al agua. Zurrán y aporrean de tal modo «que suenan sus huesos»; por último cae Robin, y entonces concibe una gran estima por Juanillo. Otra vez, teniendo el una espada, le muele un calderero con un palo; lleno de admiración, le da cien libras. Otra vez es un ollero que se niega á pagar el peaje; otra un pastor. Se baten así por pasatiempo; hoy aún sus «boxeadores» se dan la mano amistosamente antes de cada ataque; en ese país se aporrean honrosamente, sin

rencor, ni furor, ni sonrojo. Saltarse los dientes, ponerse los ojos como puños, hundirse las costillas, no son cosas que claman venganza sangrienta; parece como si aquí los huesos fuesen más duros y los nervios menos sensibles que en otras partes. Después de magullarse, los contendientes se agarran de la mano y bailan juntos sobre la verde hierba. «Tres hombres alegres, tres hombres alegres, tres hombres alegres éramos nosotros (1).» Tened en cuenta, además, que, en cada parroquia, esos hombres se ejercitan en el arco todos los domingos, y son los primeros arqueros del mundo; que desde fines del siglo XIV la emancipación universal de los villanos multiplica enormemente su número, y comprenderéis cómo, al través de todas las alteraciones y cambios de los grandes poderes del centro, subsiste la libertad del súbdito. Después de todo, la única garantía permanente é invencible, en todo país y bajo toda constitución, es el saber que muchos hombres formulan para sus adentros este discurso: «Si alguien toca á mi hacienda, entra en mi casa, se interpone en mi camino y me molesta, que ande con ojo. Tengo paciencia, pero tengo también buenos brazos, buenos compañeros, un buen puñal, y la firme resolución de hundirse hasta el pomo en la garganta, llegado el caso, cueste lo que cueste.»

- (1) Then Robin took them both by the hands,
And danc'd round about the oke three.
«For three merry men, and three merry men,
And three merry men we be».

IX

Así pensaba sir John Fortescue, canceller de Inglaterra bajo Enrique VI, desterrado en Francia durante la guerra de las Dos Rosas, uno de los más antiguos prosistas, y el primero que ha juzgado y explicado la constitución de su país (1). «Lo que impide á los franceses levantarse, dice, es la cobardía, la falta de corazón y de valor, no la pobreza (2). Ningún francés tiene ese valor como un inglés. En Inglaterra se ha visto muchas veces á tres ó cuatro bandidos, aguijados por la pobreza, precipitarse sobre siete ú ocho hombres honrados, y robarles á todos, mientras que en Francia no se han visto siete ú ocho bandidos bastante resueltos para robar á tres ó cuatro hombres honrados. Por eso es sumamente raro que en ese país se ahorque por robo á mano armada, porque los franceses no tienen pecho para cometer una acción tan terrible. Así, en Inglaterra se ahorcan en un año más hombres que en Francia durante siete, por robo á mano armada y por asesinato... Si un inglés pobre ve otro hombre con riquezas que pueden quitársele por

(1) *The difference between an absolute and limited monarchy.—A learned commendation of the politique laws of England.* Cito frecuentemente esta segunda obra, que es más completa.

(2) Los ingleses olvidan siempre la cortesía, y no ven los matices de las cosas. Entiéndase aquí el valor brutal, el instinto batallador é independiente. La raza francesa, y en general la raza gala, es quizá, entre todas, la más pródiga de su vida.